

JONATHAN RODMORE

Los que no
Amaban

*Esto es lo que les sucedió
cuando llegaron al borde de sí mismos*

Los que no amaban

JONATHAN RODMORE

Copyright © 2019 Jonathan Rodmore
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781088463994

*Este libro se lo dedico a todos aquellos que creyeron en mí cuando
yo dejé de hacerlo.*

AGRADECIMIENTOS

Este, mi primer libro, ha nacido gracias a las personas que creyeron en mí cuando yo dejé de hacerlo.

Son muchos pero especialmente: Joe, Sofia, Penny, Alberto, Aleida, Fede, Karen, Loli, Jose, Sara, Tamara y Alex.

Y por su puesto, a ti mamá.

Gracias a todos por vuestro ánimo insuperable.

MUJER PUZZLE

—No te preocupes, no voy a tocarte. Ni siquiera tienes que tocarme tú. Lo único que tienes que hacer es desnudarte de cintura para abajo y sentarte sobre mi cara. Terminaré muy rápido y no volveremos a hablar de ello nunca.

Esa era la parte final de la entrevista con mi jefe para el rol de manager. A lo largo de los últimos doce años en la empresa había hecho todo lo que me habían pedido para subir de puesto: aprender inglés, hacer un máster en negocios que me costó una pasta, cursos en prevención de riesgos laborales, no moverme de mi escritorio hasta que saliera el jefe de la oficina, incluso si no tenía nada que hacer. Qué se yo...

Una nunca terminaba de parecer lo suficientemente devota de la empresa. Porque allí no éramos empleados, sino fieles. En el *meeting* que nos hacían cada año para valorar nuestro rendimiento, siempre faltaba algo. Siempre me fallaba algo, una nueva razón por la que no podían promocionarme. Siempre superé la decepción de cada negativa con un compromiso más alto. Más horas en la oficina y más esfuerzo, más devoción incondicional que jamás se traducía en más dinero. Todo en pos de alcanzar una perfección en el puesto que siempre parecía más lejana. Y por fin ahí estaba la posibilidad de subir el maldito peldaño, con tan solo sentarme en la cara de aquel cabrón que me había robado tantas horas de descanso. Ya no hacían falta más cursos ni más absurdos KPI de esos que le encantan a todas las empresas.

Ahora todo se reducía a sacarme las bragas y sentarme en su cara. Dios mío.

Mi compañero Joe había perdido la esperanza de escalar desde hacía

mucho y ya solo se limitaba a trabajar lo suficiente para que los jefes no se dieran cuenta de que la empresa le daba igual. Él solo quería pagar sus facturas. Casi cada día me reprochaba en la cafetería que me quedase a trabajar tanto. Me invitaba a menudo a tomar algo después del trabajo pero yo lo rechazaba porque siempre tenía que quedarme a terminar algo en la oficina.

—Un día le voy a prender fuego al edificio para que te tomes un par de días libres —me decía bromeando. A veces me hacía dudar de si realmente bromeaba por la sonrisa tan ambigua que mostraba.

—No creo que sirviera de mucho. Seguro que nos mandan a trabajar desde casa.

—Esta empresa no tiene plan de contingencia, Lynn. En el departamento de informática lo único que hacemos es enviar a la nube una copia de lo que se hace en el día. Pero descargar toda esa información y habilitar *hardware* para volcarlo lleva unos buenos días. No es tan fácil como trabajar desde casa.

—Vamos de vuelta, que se nos está yendo la pinza con tanta tontería.

En aquel momento en que mi jefe me había pedido completar la entrevista sentándome en su cara estaba tan estupefacta que tardé en reaccionar un rato. Allí estaba él, tendido en el suelo, abriéndose la cremallera del pantalón como dando por hecho mi respuesta. Ni siquiera me miraba a los ojos, que estaban casi fuera de sus órbitas por la dantesca escena.

Me suelo preguntar si a Joe le gusto y por eso está siempre tan encima mío. Pero cuando me miro en el espejo se me quitan todas las dudas: ni de coña. Me gusta fantasear con poder gustarle a alguien. Pero la realidad es que cuando decidí entregarme a mi carrera también acepté convertirme en una de esas oficinistas sedentarias que visten bien y se desnudan mal.

Como cosas que no necesiten ser cocinadas para aprovechar mejor el tiempo. Y las cantidades justas para no engordar tanto que le resulte repugnante a mis jefes. Aunque el maquillaje que uso hace un trabajo

impecable, yo sí puedo ver cómo mi cuerpo ha empezado a deteriorarse. Junto con mi alma. Pero bueno, es el precio a pagar por tener éxito en el mundo laboral. ¿No es eso lo que hace casi todo el mundo?.

Creo que ya ni siquiera le gusto a mi novio. Daniel me mira como quien mira a una mascota de la que está harto: sabe que no es capaz de deshacerse de ella y por eso le permite orbitar a su alrededor sin permitirle acercarse demasiado. No le tengo rencor por ello porque yo siento lo mismo. Suelo revisarle el móvil y el ordenador con frecuencia para ver si descubro que me es infiel y tener así una excusa para deshacerme de él. Ambos somos demasiado cobardes para romper la relación sin tener una excusa con la que culpabilizar al otro de la ruptura.

Ambos estamos cómodos e infelices en este piso de 90 metros cuadrados que se ha convertido a la vez en cárcel y refugio de una ciudad hostil puertas afuera. De una vida también hostil que solo endulzan las pastillas de Alprazolam para mantenerme cuerda, una por la mañana y otra por la noche. A veces, una más durante el día si se presenta una crisis como la que está a punto de suceder viendo a ese hombre delante de mí rebuscando en su bragueta.

Mamá y papá tampoco ayudan. Viven con nosotros reduciendo nuestro espacio a cero. No voy a decir que reducen nuestra intimidad porque entre Daniel y yo eso se acabó hace siglos. Por si acaso, sí que se encargan de prevenir que aparezca de nuevo. Papá tiene una pensión de 400 euros que se van en comida.

Por lo demás, soy yo quien tengo que asumir todos los gastos e imprevistos. Daniel apenas gana algo en los trabajos temporales que va coleccionando cada cinco o seis meses. ¿Cómo no renunciar a mí para entregarme al trabajo? Perderlo sería renunciar a ellos y a la perfecta vida infeliz que tanto me ha costado construir y mantener a flote.

Estoy segura de que mamá piensa lo mismo. Si le dijera a mamá que tengo a mi jefe echado delante de mí esperando que me siente en su cara, sería ella misma quien vendría a quitarme la ropa sin preguntarme. Me obligaría a agacharme de inmediato reprochándome no hacerlo con más gracia. Para ellos soy importante. Necesitan que trabaje y que coma algo

para no morir y dejar de ganar el dinero que nos mantiene a todos girando en esta rueda infame. Imagino lo reconfortante que sería poder salir corriendo de la entrevista y llamar a mamá para ir juntas a denunciar a mi jefe en comisaría. Mi jefe se saca su miembro. Está erecto. Ahora sí me mira a la cara:

—Adelante, empieza cuando estés lista —me dice. El estómago se me retuerce y busco rápidamente en el bolso un Alprazolam para colocármelo bajo la lengua. Hará efecto enseguida.

¿Cómo he llegado a esto? ¿Cómo es posible tener éxito con todo lo que se supone que hay que tenerlo y aún así estar tan incompleta? Pareja, buen trabajo, hipoteca, dos coches, buen armario, algunos ahorros, dos bolsos de Vuitton, tres de Michael Kors, Netflix, cigarrillos, pasta de dientes... Y a día de hoy sé con certeza que sin el Alprazolam ya me hubiese tirado por la ventana. Habría desistido fácilmente de armar el puzzle de mujer en el que me había convertido.

De pequeña pensaba en mí misma como un puzzle. Era muy introvertida y pasaba horas pensando en por qué era como era, por qué reaccionaba de la forma que lo hacía, por qué sentía como sentía. Me veía como un puzzle de piezas que tenía que armar para por fin convertirme en la imagen de mi misma que escondía dentro. Es raro cómo todos por dentro apenas sabemos cómo somos, pero sí que tenemos claro cómo nos gustaría ser.

Me gustaba ese reto de ir conociéndome más y más para perfeccionar mis circunstancias y llegar así a ser feliz, si es que eso existía. Armar el puzzle de mi persona era armar el puzzle de mi vida y del mundo para ese destino etéreo: ser feliz. Yo tan solo aspiraba a ser feliz. Vivir para ser feliz. ¿No es eso lo que hace casi todo el mundo?

Y cuando al fin encontré este trabajo en que me pagarían el precio de lo que ser feliz cuesta, papá se jubiló y mamá dijo que estaba muy mayor para seguir trabajando. Y se vinieron a vivir a casa. Luego apareció Daniel sin familia y con sus deudas, con la promesa del amor en una riñonera con restos de tabaco y papelillos. Pronto me di cuenta de que aquel puzzle era imposible armarlo porque la gente me robaba las piezas.

Papá por ejemplo me había robado una de las piezas cuando me obligó a dejar de estudiar y ponerme a trabajar. Mamá me había robado otras cada vez que me reprochaba haber dejado la relación con Leo, que tenía un buen empleo y podía habernos mantenido a todos mientras con mi sueldo nos dábamos otros caprichos. Mi amigo Sam se había llevado otra pieza cuando murió de sobredosis aquella noche. Todos los hombre que habían estado entre mis piernas se habían llevado más piezas y no había vuelto a saber de ellos. Aquél cáncer de mama se había llevado otras dos piezas, una por cada pecho. Las amistades no me robaron nada porque este ritmo ya no me permitía tener amigos, pero con ello dejé de encontrar otras piezas necesarias para armar mi puzzle.

Tantas piezas arrancadas, todas robadas. Hay pocas sensaciones tan tristes como cuando ves que todos arrancan un trocito de ti y tu tan solo puedes quedarte mirando mientras se lo llevan.

—Oye, no te preocupes, esto es más normal de lo que piensas y muchas otras lo han hecho antes para subir en la empresa. No es una violación ni conlleva interacción sexual de ningún tipo. Tan solo quiero olerte.

—Lo siento estoy muy cortada, nunca me había pasado algo así.

—Porque nunca habías llegado tan alto en tu carrera. Ahora es el momento de demostrar que de verdad estás preparada para estar arriba y que estás dispuesta a todo para conseguirlo. Todo será tan rápido que en el futuro apenas te acordarás de ello. Lo verás como algo insignificante con respecto a la vida que te espera.

—Ya, claro. Imagino que es lo que haría casi todo el mundo.

—No solo es lo que haría casi todo el mundo sino que todos esos ni siquiera llegan a tener la oportunidad de hacerlo.

—Ya, claro.

Ver aquel hombre tratando de persuadirme mientras estaba echado en el suelo con la bragueta abierta y sujetando su miembro me resultaba,

cuanto menos, amenazante. Pero empezaba a pensar que quizá tenía razón y tampoco era para tanto. Sentarme en su cara. Solo tenía que sentarme en su cara, cerrar los ojos y esperar que terminara cuanto antes. Me había dicho que terminaría rápido. Que solo quería olerme. ¿Y si ese simple acto era la pieza que necesitaba para estar en posición de reconducir mi vida con un mejor trabajo y un mejor sueldo? Podría conseguir otra hipoteca para que papá y mamá se independizaran, por ejemplo. Mi desvarío se vio interrumpido de repente por alguien que llamó a la puerta del despacho sin llegar a abrirla.

—Señor Weinstein, cuando quiera estoy listo para la reunión.

Era Joe, que tenía su *meeting* tras el mío.

—Aún no he terminado, lo llamaré a su terminal más tarde—le respondió el jefe con ese tono autoritario y flagelante.

—Disculpe, esperaré en mi terminal entonces.

Pobre Joe, no sé por qué pero intuía que no le iba a ir muy bien este año. Por mucho que se esforzaba en parecer productivo, mucha gente se había percatado de que lo suyo era básicamente un pacto de mínimos con la empresa. Y esas cosas vuelan en las empresas, donde hay tanto hijoputa con un puñal escondido bajo la corbata.

—Este tipo no sabe ni cómo ser oportuno. Luego tendré unas palabras con él. Ya podría aprender algo de ti Lynn, tú sí que mereces esta oportunidad. Vamos, no tardes.

—Me da un poco de vergüenza desnudarme así, ¿le importa si lo hago en esa esquina?

—Por supuesto que no, pero date prisa, ya estoy solapando este *meeting* con el de Joe y es casi la hora de irse a casa—me dijo tranquilamente mientras se estrujaba su falo.

Me coloqué en una esquina del despacho tras una enorme planta. Estábamos en un piso veinticuatro y podía ver la inmensidad de la ciudad

por la cristalera interminable. Aquella ciudad tan ajena a lo que me estaba sucediendo. Las ciudades son tan ajenas a nosotros que me sorprende nuestro incuestionado empeño de habitarlas.

Conseguí relajarme un poco, probablemente por el Alprazolam que ya cabalgaba por mis venas. Al menos no tengo que desnudarme entera, pensaba. Me desabroché el pantalón y comencé a bajarlo hasta tenerlo en los tobillos. Me deshice torpemente de los tacones con el pantalón aún encadenándome ambas piernas. Me agaché para terminar de sacármelo. A continuación mis bragas, en las que vi unas gotas de sangre. Mierda. Rebusqué rápidamente en el bolso una toallita húmeda.

Mientras me limpio con la toallita no puedo evitar fustigarme mentalmente por lo enormes que están mis muslos, por la barriguita que se me escapa bajo la blusa. ¿En qué clase de amargada me he convertido que, en vez de sentir lástima o rabia por lo que me está pasando, me paro a avergonzarme de mi propio cuerpo? Ese es el problema del Alprazolam, que te duerme los nervios sin subirte la autoestima.

Apenas entiendo cómo puedo resultarle atractiva a mi jefe para querer que me sienta en su cara. Él no es un tipo feo, estoy segura de que liga bastante. A no ser que sea una de esas personas que fabrica su placer a través de la perversión. Una de esas personas que se excitan no tanto por el cuerpo del otro, sino por el hecho de humillarse a sí mismos teniendo sexo con alguien que no juega en su misma liga.

Mi jefe estaba mirando hacia la esquina y podía verme a medias porque la planta no me cubría del todo. Me dio vergüenza y me tapé mis partes con las manos. Tenía ganas de llorar pero al final logré aguantar las lágrimas repitiéndome que ese era el precio del éxito. Traté de engañar mi vergüenza enfocando cada uno de mis pensamientos en lo que obtendría después de aquello. En que de alguna forma era incluso afortunada de que me estuviese sucediendo. En que solo sería un rato. Solo un rato de humillación a cambio de una nueva vida. ¿Iba a rechazar esa bendición por no dejar a ese hombre olerme? Sería algo que olvidaría rápido y nadie lo descubriría nunca. ¿Cómo iba a renunciar a la posibilidad de empezar a ser feliz? ¿Acaso no era eso lo que haría casi todo el mundo?

Salí de detrás de la planta y caminé descalza hacia aquél hombre, tapándome el pubis con las dos manos. Evitaba mirarle a los ojos pero podía ver cómo él sí me miraba a mí sin ningún reparo. Como si aquella escena rocambolesca fuera de lo más normal para él.

Sonreía complaciente con la boca un poco abierta. Seguí caminando mientras neutralizaba mi vergüenza pensando que ya no me harían falta ni más cursos de inglés, ni más másteres ni más prevención de riesgos laborales. Después de esto ya no podían haber más excusas para anclarme a mi patético presente.

Cuando llegué a tener su cabeza entre mis pies, con él mirándome sádico mis partes, fue cuando cerré los ojos para ver si así podía contener las lágrimas atragantadas en mis ojos. De repente tocaron de nuevo a la puerta. Me estremecí del disgusto sin que el Alprazolam pudiera hacer nada para evitarlo. Era Joe de nuevo.

—Señor Weinstein, disculpe que le vuelva a interrumpir, quería decirle que no tengo ningún problema en posponer el *meeting* para mañana si está muy ocupado. Se lo digo porque veo que va a tardar bastante y necesito terminar la nueva base de datos que me pidió para hoy. Creo que no me dará tiempo si...

—¿Pero cómo te atreves a volver a interrumpirme? ¡Lárgate a tu terminal hasta que yo te llame!

—Claro, discúlpeme señor, solo trataba de ser proactivo y anticiparme a un posible imprevisto. Trabajaré en la base de datos hasta que usted me llame, quizá logre acabarla antes.

—Será gilipollas este tío—murmulló enfurecido mientras se desabrochaba el cinturón y el botón del pantalón para bajárselos hasta las rodillas.

Se volvió a tumbar con su cara de nuevo entre mis pies mirando mi entrepierna

—Anda Lynn, ya he perdido mucho tiempo.

Lo absurdo de la escena me hizo olvidarme de las lágrimas y de las dudas. No podía creerme que estuviese doblando mis rodillas poco a poco, bajando lentamente mientras acercaba mi trasero a la cara de aquel hombre. Continuaba con los ojos cerrados y me concentré para solo repetir una frase en mi cabeza que me despojara del dolor en mi vientre: “*pasará rápido, pasará rápido*”. No funcionó. Y entonces comenzó el infierno.

—Gracias por haber atendido esta reunión acerca de tu rendimiento anual en la empresa. Recibirás un email o una carta desde recursos humanos con mi *feedback*. Para que no te lleves sorpresas, quiero anticiparte que estoy un poco decepcionado con los resultados.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué? —respondí incrédula.

—La fragancia de las toallitas húmedas que has usado ha estropeado las expectativas que tenía de este *meeting*. Es una pena. No digo que no vayas a obtener una calificación alta para conseguir el *bonus* pero puede que no todo lo alta que esperas para optar al puesto del que hemos discutido. Si así fuera, la buena noticia es que podemos volver a repetir esta entrevista en otro momento. Sin toallitas.

Se me heló el cerebro de tal manera que no supe qué responder. Estaba mirando al suelo con la boca abierta y trataba de escupir alguna palabra para no parecer idiota, pero me fue imposible. Apenas lograba que me respondiera el cuerpo para abandonar la oficina, así que fue un esfuerzo horroroso el tan solo girarme para abrir la puerta.

—Por cierto Lynn, sé que no se te ocurriría comentarle a nadie nada de esto pero por si acaso quiero recordarte que todo lo que ha sucedido en este *meeting* es confidencial.

—Sí, claro— respondí entrecortada. Fue lo único que me salió del cerebro por la boca. Me giré, abrí la puerta y me volví a mi terminal.

Cuando me senté en mi puesto apenas podía teclear nada. Miraba la pantalla del ordenador como quien mira al horizonte a través de la ventana. Todos mis compañeros ya se habían ido, tan solo Joe

permanecía en su terminal terminando la base de datos. El jefe lo llamó de inmediato a su reunión.

¿De verdad acababa de pasar lo que acababa de pasar?

Sentía por dentro un vacío pesado. Muy pesado. Gracias a Dios el *shock* impedía que me saliese ni una lágrima. Tenía una ganas ardientes de meterme bajo el cabezal de la ducha y dejar correr el agua caliente durante horas, eso era lo único que podía aliviar aquel pesado vacío que me devoraba las entrañas. Pero lo cierto es que no me daba el cuerpo ni para levantarme de la silla, estaba inmóvil con la vista perdida en algún lugar detrás de la pantalla.

Cuando Joe salió del despacho ni siquiera reparó en que yo aún estaba allí. Parecía enfadado mientras recogía sus cosas para salir rápidamente. Tampoco me vio mi jefe al salir, que cerró la puerta del despacho atusándose el pelo con odiosa parsimonia.

Pronto se apagaron las luces y se hizo la oscuridad en la oficina como ya se había hecho en mi alma. La única luz en la estancia provenía de la pantalla de mi ordenador. Y entonces la ducha de agua caliente, el vacío en el vientre, mamá, aquella cara bajo mis partes, la vergüenza, las piezas de mi puzzle, las lágrimas, el dolor, su inesperada lengua ahí, Daniel, el asco, el engaño.

Así pasaron las horas, mientras la corriente de pensamientos me torturaba sin permitir que me levantara de aquella silla. Solo un ligero olor a quemado interrumpió aquella tortura, pero me daba igual que alguien se hubiese dejado algo en el hornillo de la cocina.

Me sorprendió asimilar tan pronto que el cambio de vida no sucedería. No habría un nuevo comienzo. Y no porque me hubiese salido mal la entrevista, sino porque aquel hombre se había llevado a su casa la última pieza que me quedaba para armar mi puzzle. Estaba aturdida y desorientada así que consulté el móvil para ver qué hora era y vi un *wassap* de Joe:

“Me han despedido, guapa. No te preocupes, estoy bien, solo quiero

desearte que disfrutes de unas inesperadas vacaciones porque mañana no habrá oficina, lol. No digas nada. Ya hablamos”

El vacío adentro se expandía. Era tan grande y tan pesado que anuló mi alarma al descubrir que Joe no bromeaba con aquello de quemar la oficina. Era tan doloroso y paralizante que regresar a casa se antojaba un suicidio. Volver a la casilla de salida, a un lugar donde no había rastro de mí ni de las piezas con las que construirme. El olor a quemado ya era bastante notable y podía ver algo de humo entrando por la puerta. Fue entonces cuando por fin logré aclarar mi mente un poco y activar mi cuerpo para empezar a teclear sin descanso. Si me daba prisa, terminaría a tiempo unos informes que debía tener listos para mañana.

LA CULPA

Ocupaba una silla de comedor de un 25 de Diciembre, con toda esa familia que sólo puede serlo en Navidad. Después del almuerzo navideño, esperó un cortado de sobremesa que llegaría con retraso, gentileza de un espíritu navideño más bien despistado.

La tía Marta se había puesto una *pashmina*, creo que se llaman. Era violeta, brillante e intentaba convencer a todo el mundo de que esa prenda la acompañaba desde que el tío Pedro pasó a mejor vida. Esnobismo de luto, pensó.

Sobraban muchos pedacitos de turrón en la bandeja de plata, como siempre. Había muchos polvorones de esos que nunca se come nadie, como siempre. Era un almuerzo familiar anual como cualquier otro, pero esta vez con las dos velas rojas sin encender en la mesa. Demasiada nada de la que hablar.

Terminó su cortado y devolvió la tacita con su diminuto platillo. El café allí siempre sabía igual, sobre todo el último sorbo. Entre el silencio de las conversaciones y la comedia de familia feliz en una sobremesa plácida, sonó el teléfono, algo frecuente en la frenética casa de su hermana. Alguien descolgó y curiosamente pronto le pasó el teléfono diciéndole que era para ella. Cogió el auricular con un "hola" que quedaría como su última palabra hasta que dos minutos más tarde ella colgara el teléfono.

La familia seguía sumida en el resumen de la rutina anual, fragmentada en manidas conversaciones, cuando ella soltó el auricular. Se levantó del sofá ante la mirada de su cuñado, extrañado de que esa llamada fuese para ella que no vivía allí. Dirigió sus pasos hacia el balcón y, una vez allí, encaramó su pie izquierdo a la barandilla saltando desde un cuarto al vacío con el vacío en sus ojos.

Justo entonces saltó el timbre del horno allí en casa de su hermana, el pastel de pescado estaba casi listo. Entonces los gritos. Y el silencio...

Ingredientes: una cebolla, 500 gr de merluza, dos latas de atún de 250gr, cinco huevos, medio pimiento verde, cuatro lonchas de salmón ahumado, seis cucharadas soperas de alioli, un chorrito de aceite de oliva, una hoja de laurel, dos dientes de ajo y sal.

Como unas manos que se hunden en un abdomen para arrancar el hígado y extraen el estómago, introduzca los lomos de merluza congelados en una cacerola con agua hirviendo y cuézalos con la hoja de laurel. A continuación, se hace un sofrito a fuego lento con la cebolla, los dientes de ajo y el pimiento cortado en tiras, procurando que se poche todo bien y removiendo periódicamente.

Eso era justo lo que dos horas antes de aquella llamada ella había estado haciendo. El delantal se había manchado de sangre, pero la sangre no la estaba utilizando para aquella receta. Se acordó de la teoría que Rubén le había comentado una vez, esa de que las recetas que se cocinan con cariño y afán son las que mejor abrazan el paladar. Ella decidió hacerlo así y se empleaba en ello, aunque no sabía que estaba cometiendo un error de perspectiva: no estaba poniendo cariño, sino empeño.

Pensó que algo la seguía molestando por dentro así que se dispuso a batir los huevos para sacarlo, y para su sorpresa vio una cosa que la dejó estupefacta. Sí, sin duda en el bol de los huevos había un destornillador. Pero Dios mío ¿cómo habría ido a parar allí? Ni que se estuviera volviendo loca.

Se baten los cinco huevos y se apartan en un bol grande. Se escurre la merluza en un colador y se aparta la hoja de laurel. Seguidamente, se desmiga el atún en finas hebras y se lo añadimos al sofrito cuando esté listo. Cogemos esta mezcla y la trituramos junto con el aceite del sofrito durante un minuto usando un brazo eléctrico. Se desmiga la merluza ya cocida.

Siguió con la receta igualmente y por un momento dudó si encenderse un cigarro, pero le daba asco fumar mientras cocinaba porque le parecía

una falta de respeto a quien comiese su comida. Incluso si cocinaba para sí misma. Tampoco desapareció el peso interior tras batir los huevos, así que la voz de Rubén le vino a la mente y le preguntó muchas cosas, lo cual la aliviaba de ese extraño peso. Se sirvió un vaso de agua y luego comenzó a mascar un chicle de hierbabuena.

Se añaden la merluza y el sofrito batido con atún a los huevos batidos .Poner todo en un recipiente, salar a gusto y a continuación introducir en el horno, previamente caldeado. Mantener a 180 grados sin abrir la puerta del horno hasta que la mezcla empiece a subir y se cuaje.

Introdujo la bandeja en el horno y cerró.

Vaya pelos. Tenía que darse un baño antes de ir a casa de su hermana, había sudado mucho y tenía un aspecto deplorable. ¿Tanto había llorado para que se le corriese así el rímel? Pensaba que sólo habían sido unas cuantas lágrimas de circunstancia, o al menos a Rubén así se lo parecían cuando la vio por última vez.

Un típico almuerzo de navidad con la familia en el piso de su hermana, sí. Aunque nunca le parecieron nada especial esta vez lo necesitaba sólo para sentir la calma que acompaña la tediosa normalidad. Apuró el vaso de agua y miró a través del cristal del horno a ver cómo iba el pastel de pescado. Todavía faltaba bastante. La ducha.

Mientras caía el agua notó que una de las cadenas de aquel peso por dentro se rompía, que se la llevaba el agua por el desagüe de la bañera. Entonces flotó un poquito y de repente pareció que estaba un poco menos atada al suelo. Aumentó el chorro de agua, más presión, pero no sirvió de nada. Bueno, se conformaba con eso, no podía pedir nada más que bastante tenía con que el agua estuviese suficientemente caliente como para estar roja, además que ese nuevo acondicionador había conseguido desenredarle el pelo con dignidad.

Un mareo y unas manos que se hunden en un abdomen para arrancar el hígado y extraen un estómago. Se agarró al estribo de la bañera y evitó el resbalón. ¡Dios el pastel, ya se habrá quemado! Se incorporó y cogió la

toalla torpemente.

Una vez cuajado, extraiga el pastel de pescado y colóquelo en un plato. Untelo generosamente con una capa de alioli encima y cúbralo inmediatamente con las lonchas de salmón.

El mareo permanecía pero muy débil, lo cual le había permitido vestirse y terminar la receta. Pero el peso sí que seguía allí. Le hubiera gustado saber la opinión de Rubén en ese momento, del delantal, del destornillador, del agua roja de la bañera, del pastel... Pero ya llegaba tardísimo al almuerzo y tenía que salir.

Cogió el móvil, lo metió en el bolso junto con otras cosas de bolso, cubrió el pastel con un rollo de papel film y sacó una bolsa del cajón tercero para meterlo. No había sido mala idea tomarse un par de tranquilizantes antes de empezar a cocinar, pensó. Si no lo hubiese hecho no hubiera podido cocinarlo como Rubén decía.

Se vio un poco de sangre en la uña del meñique izquierdo y se lavó rápidamente. Ahora sí que se encendería un cigarrito por mucha prisa que llevara, se lo merecía. La nicotina no rompió ninguna cadena como minutos antes había hecho el agua. Para su sorpresa se sintió amarrada a un par de cadenas más de aquel peso asfixiante.

¿Dónde están los chicles de hierbabuena? No es cuestión de llegar oliendo a tabaco. Ya veía a la tía Marta increpándola por seguir fumando y dando ese mal ejemplo a su hijo Rubén, para seguidamente preguntarle que dónde se había quedado y a qué hora llegaría. Sacó dos chicles y se los metió en la boca tras fumarse el cigarro.

La mueca que tenía tras introducir el frío de la hierbabuena en su boca no mejoró demasiado porque el malestar de dentro empezó a acrecentarse de forma preocupante. Y entonces recurría de nuevo a pensar en Rubén y él le hacía más preguntas en la mente, distrayéndose así del peso maldito.

Ahora el alivio no era el mismo. El peso se expandía como un cáncer imposible y le faltó un poco el aire, así que abrió la boca para respirar

profundamente. Entonces escupió una víscera. No supo identificar muy bien ni qué era ni de dónde había podido salir. Empezó a gritar horrorizada, sin emitir sonido alguno, gritando por los ojos. *¡Rubén, Rubén...!*

Definitivamente se estaba volviendo loca, tenía que salir de allí y llegar a casa de su hermana como fuera. Cómo le hubiera gustado que Rubén estuviese allí para preguntarle qué significaba aquella cosa infame saliendo de su boca.

Se apresuró a ir al baño para lavarse enérgicamente los dientes y liberarse de la poderosa sensación de asco que le daba el tabaco. Repitió esa acción tres veces. Salió de casa a trompicones y entonces empezó a oír los gritos en su cabeza, insoportables, desgarradores. No la tranquilizó la idea de que podía tratarse de esquizofrenia todo aquello, estaba convencida de que la locura era extremadamente palpable cuando se insinuaba... Convencida pero no segura.

Tenía que llegar a la casa de su hermana cuanto antes para silenciar aquella voz que gritaba en su mente. Ya. Se echó a correr hacia allí pero el delantal, el destornillador, el agua roja, la sangre en la uña del meñique izquierdo, la víscera, los gritos, el peso, el pastel... irresistiblemente insoportable. Paró en seco.

Sacó el móvil del bolso temblando. Fue entonces cuando se dio cuenta de que era la voz de Rubén la que la desgarraba con aquellos gritos en su cabeza. Comenzó a llorar desesperada, irresistiblemente nerviosa, y se imaginó a la tía Marta preguntándole dónde se había quedado Rubén y a qué hora llegaría. Se imaginó a sí misma respondiendo que Rubén ya no iría a almorzar ninguna Navidad más. Con dedos trémulos marcó el número de la casa de su hermana.

Entre el silencio de las conversaciones y la comedia de familia feliz en una sobremesa plácida de veinticinco de Diciembre, sonó el teléfono, algo frecuente en la frenética casa de su hermana. Alguien descolgó y curiosamente pronto le pasó el teléfono diciéndole que era para ella. Dos minutos más tarde sonó el timbre del horno: el pastel estaba casi listo.

Una vez cuajado, extraiga el pastel de pescado y colóquelo en un plato. Untelo generosamente con una capa de alioli encima y cúbralo inmediatamente con las lonchas de salmón.

FRENTE AL ESPEJO

Era lo que se diría un magnífico ejemplar de belleza humana. Casi el prototipo universal de a lo que toda mujer aspira físicamente si nos atenemos a lo que la publicidad nos inoculara. Pero aun así Claudia no se acababa de sentir realizada.

Ya no le valía el tópico de que la felicidad no existía como burda excusa para dejar de aspirar a ella. No se tragaba eso, seguramente porque ya hacía mucho tiempo que había dejado de comer regular y apropiadamente. El acto de comer había quedado relegado de su lista de prioridades.

Había llegado al punto en que apenas se podía distinguir con certeza dónde comenzaba su carne y dónde terminaba la deformosidad que la sostenía en pie. Así se explicaba esa cara andrógina que hipnotizaba a la cámara en sesiones fotográficas maratónicas, a la vez que horrorizaba en cualquier esquina a las doce de la noche.

Desde que se convirtió en ese pequeño porcentaje de lo que una vez había sido ya no volvió a sorprenderle el poder de los medios para perpetrar esa idea de la belleza femenina. Una idea perfectamente plasmada en las mujeres escuálidas que cada mes aparecían en las portadas de las revistas.

Ella había sido esas mujeres muy a menudo. Exactamente con la misma curvatura de caderas, con la misma mueca de labios, con el mismo fruncimiento de ojos... Y desde que lo hacía, a pesar de que siempre fue su sueño, la inminencia de la felicidad no acababa ni de insinuarse. Muy al contrario, se miraba al espejo y veía como se desvanecía mientras en alto repetía “te quiero” en un vago intento por ahuyentar la repugnancia de verse y recuperar un ápice de su autoestima arrebatada.



Soltó el bolígrafo y se levantó. Miró fijamente al espejo. La superficie opaca seguía ofreciéndole la misma imagen. Pensó que lo hacía como una venganza, como el espejo de la bruja de Blancanieves. Pensó que al espejo le gustaba reírse de ella al observar su cara después de hacer amago de llorar tras volver a verse allí reflejada. A punto estuvo una vez de lanzar el jarrón de terracota contra él a pesar de ser una supersticiosa empedernida. Lo pensó nuevamente durante unos segundos para concluir que quizá era mucho más interesante destrozarlo con su propia cabeza. Así de paso acabaría también con un par de cosas más que le escocían por dentro.

Sujetó firmemente los bordillos de la cómoda encima de la cual se encontraba ese abismo de realidad repetida. Y aún pensando en la oportuna idea que había engendrado su mente obtusa, se encontró de pronto con el cristal vibrando, un agudo dolor que le oscilaba entre las sienes, el chorro de sangre que escapaba de su ceja izquierda y unos espesos restos de saliva como fatal estigma de lo que se había hecho. Sí, se había atrevido a hacerlo. Y había fallado. Se sintió bien. Se sentó, agachó la cabeza y siguió escribiendo.



Le parecía que el mundo estaba degenerando y volviéndose muy extraño. Le daba angustia tratar de encontrar razones para las crueldades e injusticias que veía en las noticias. Buscar la razón de la sinrazón era agotador. Buscar la razón de la ambigüedad de este mundo raro, sí. Raro como ella o como un esqueleto que se retuerce ante el espejo y se ríe con la maldad de la vida, el cráneo desdibujado y las mandíbulas desencajadas. O eso o ella se estaba volviendo loca.

Claudia. Claudia cariño. Claudia te quiero. Claudia perdida. Claudia escondida. Claudia en los labios. Sólo en los labios. De otros.



Dejó de escribir y se levantó de nuevo. Estaba desconcentrada. Sólo

podía pensar en sí misma y los esfuerzos por mantener un mínimo ápice de fijación en el papel eran bizarros. La mente se le escapaba de la cabeza. Sin entender muy bien porqué comenzó a desnudarse lentamente, sólo llevaba una camiseta y un pantalón vaquero.

Suavemente deslizó la camiseta hacia arriba hasta la altura de los pechos, que reaccionaron de inmediato al frío endureciendo los pezones. Subió un poco más y finalmente acabó por quitársela. Cayó la camiseta al suelo y sus enormes pechos quisieron desprenderse de su cuerpo al contacto con la libertad. Con la misma parsimonia ritual fue bajando la vista por el espejo, recorriendo su cuerpo con la mirada mientras temía lo que iba a encontrarse.

Ahí estaba. Esa estúpida superficie se había vuelto a vengar presentándole la misma imagen de cada día: su exceso de grasa, su barriga rebosando por encima de los vaqueros. Se los quitó rápidamente para que, al desaparecer aquel flotador de la cintura, la imagen que le devolvía el espejo fuese algo más estética. Horror. Ansiedad. Otra vez se sentó e intentó escribir algo más.



Intentó nuevamente buscar razones. Buscar la razón de la lágrima que le hacía cosquillas en el pómulo sonrosado. Aunque esa ya la sabía porque la tenía delante en forma de imagen de sí misma. Se miró por enésima vez y el estallido de llanto fue fulgurante.

Sin saber muy bien porqué comenzó a desnudarse lentamente, sólo llevaba una camiseta y un pantalón vaquero. Suavemente deslizó la camiseta hacia arriba hasta la altura de los pechos, que reaccionaron de inmediato al frío con los pezones duros. Subió un poco y finalmente acabó por quitársela. Cayó la camiseta al suelo y sus minúsculos pechos, como manchas enfermas, parecieron desaparecer en la estrechez de su tórax desvencijado.

Con la misma parsimonia ritual fue bajando la vista en el espejo por su cuerpo temiendo lo que iba a encontrarse. Ahí estaba. Esa estúpida superficie se había vuelto a vengar presentándole la misma

imagen de cada día: la espantosa perfección de la línea de la pelvis nítidamente visible, su cristalizado raquitismo alzándose esbelto de entre sus amplios vaqueros talla treinta y nueve.

Desde que había comenzado a contemplarse en el cristal había soportado unas pulsaciones muy pronunciadas que intentó erradicar autosugestionándose. Fue imposible. Nuevamente había sucumbido a las exigencias del espejo, se había doblegado a sus intenciones y algo le decía desde su autoestima que había hecho lo correcto. Su escuálido cuerpo, pálido, como una difícil caricatura. Su pelo, como finas y débiles hebras de estopa. Y ella, Claudia, condenada al encierro en ese cuerpo que no acababa de sentir como suyo.



Dejo de escribir una vez más. No valía la pena seguir. El relato le estaba quedando demasiado tétrico, demasiado autobiográfico tal vez. Francamente sería mejor dar rienda suelta a sus sentimientos y enfrentarse de una vez por todas consigo misma.

Se levantó y, desnuda, se contempló de nuevo. Gorda. Inmensa. Impasible percibió cómo su corazón pregonaba la inmediatez de lo irreversible.

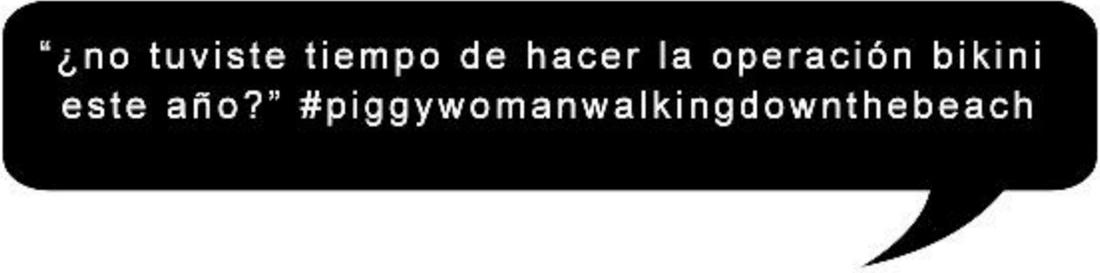
Derramó todos sus sentimientos por los ojos quebrados y expulsó el piélagos de lágrimas que le saturaban la cordura. Sintió lastima de sí misma por permitir que la imagen del espejo contaminase su seguridad, sus sentimientos y toda su persona. Pero entonces se dio cuenta de que ya había tomado la decisión de dejar de sentir todo eso hacía mucho tiempo y solo quedaba ejecutarla. Cruzó los brazos y se aprisionó cruelmente en un hermético abrazo todavía sumida en llanto.

Esta vez no se sentó a escribir de nuevo. Con una rabia sobrecogedora tiró el bolígrafo y los papeles donde estaban Claudia y su propio cristal. A la mierda Claudia. Se agarró a los bordillos de la cómoda con fuerza y esta vez no falló. Fue seco, consistente. Terriblemente estrepitoso. Ahora sí había conseguido librarse de algunas cosas que le escocían por dentro: todas ellas abandonaban su cuerpo a

través del copioso sangrado que emanaba de su cara. Ella quedó inmóvil, empotrada en el cristal. Con la postura tan inverosímil de un macabro esqueleto que se retuerce ante el espejo.

#KILLYOURSELF

Su primer *tweet* te lo tomaste a broma, casi te hizo reír al verlo debajo de la primera foto en bikini que subiste el verano de 2018. Tu preocupada por lo blanca que estabas y al final va y te suelta un:



“¿no tuviste tiempo de hacer la operación bikini este año?” #piggywomanwalkingdownthebeach

Sabías que no estabas gorda, o al menos inmensa, así que respondiste con mini caritas de partirte el culo y tu mejor sarcasmo. Casi que te gustó que uno de tus miles de *followers* se atreviera a cuestionarte.

Cuando eres tú quien está arriba, la erótica del poder funciona al revés: deseas que quien está debajo tenga suficientes huevos para humillarte y someterte. Deseas encontrar a alguien con suficiente fuerza para que te haga cuestionarte el poderoso personaje que te has fabricado. Que se atreva a presentarte una imagen de ti misma completamente opuesta a la que tu tienes. Ese es el morbo que les hace eyacular a todos esos peces gordos que van a casas de putas para que los fustiguen y les meen encima, pensabas.

En el mundo de las redes aprendiste muy rápido que somos la diferencia entre lo que nos creemos que somos y lo que conseguimos que otros crean que somos. Si todos tus seguidores descubrieran esto ¡qué rápido se te acabaría el chollo! ¿verdad?.

Eres rotundamente segura de ti misma, siempre lo fuiste. Y como la

seguridad personal se irradia hacia los otros sin necesidad de que esos otros la validen, nunca le pediste permiso a nadie para ser como quisiste. Por eso a cada *tweet* de odio que te mandaba y que tus demás seguidores atacaban con furia, tú callabas y sentías una macabra complacencia.

“¿no deberías operarte la cara antes de anunciar productos de belleza?”
#puketiful #hobbitskincare

No tardaste en darte cuenta de que iba en serio. Contra ti. En serio. Pero estabas tan llena de ti misma que, lejos de asustarte, te felicitaste por haber conseguido tu primer *troll*. ¿Qué *influencer* puede llegar lejos sin *trolls*? Un logro más en tu galáctica carrera que te satisfizo y que secretamente también empezó a medrar en tu mente y tu atención sin que apenas lo notaras.

A cada post que subías ahí estabas tú deseando encontrar su comentario de odio, obviando todas las estúpidas respuestas autocomplacientes de tus seguidores más fieles.

“para escribir sobre higiene personal deberías lavarte el cerebro antes, retrasada.
¡Qué asco das!” #fakeboobs #properbinbrain
#girltarded

**“Tu espiritualidad New Age es ridícula, mejor islamízate y ponte un burka para ahorrarnos tu cara de polla torcida”
#pricktuality #bonerface #knobheadsoul.**

Llegó un momento en que apenas lograbas sacar el troll de tu cabeza, pero aún así no quisiste reconocer que ya empezabas a publicar menos frecuentemente por miedo a ver sus reacciones.

Si bien aún sentías esa incongruente admiración por aquel enemigo que se atrevía a hacerte frente, también el miedo a sus ataques empezó a manifestarse. Y como aún te transmitía esa sensación agridulce que activaba tu adrenalina con cada insulto, decidiste no bloquearlo para impregnarte de su odio. Un poco como las víctimas de los vampiros que se niegan a morir pero no pueden resistir el perverso placer de los colmillos penetrándoles el cuello.

**“como se nota lo guarra que eres, te daré lo que quieres y mereces más pronto que tarde”
#slutromance #jokefluencer**

Poco a poco consiguió desequilibrar la balanza entre el placer que te daban sus humillaciones y el miedo que te provocaban sus amenazas. Tu seguridad comenzó a resquebrajarse en cuanto logró sembrar en ti la duda de si realmente eras tan segura, tan perfecta.

Porque la personalidad de uno solo se basa en la firme creencia de que uno es como cree que es. Si te crees fuerte, tu personalidad muestra fortaleza. Si te crees feo, tu personalidad refleja tu fealdad. Y desde el momento en que alguien consigue sembrar la duda sobre lo que tu

siempre habías creído que eras, comienzas a ser otra persona: la persona que ellos creen que eres.

**“todo por la pasta, no te queda nada de credibilidad zorra. ¡Muérete ya!”
#bitchcoinsforthepiggy #hookertuber**

Nuestra identidad es el resultado de una batalla entre lo que creemos ser y lo que otros creen que somos, ya lo sabes. Son las dos partes de un conflicto que, por nuestro propio bien, necesitamos ganar a diario imponiendo al otro la imagen que queremos que el otro tenga de nosotros. Por eso te desvives buscando *likes* y aceptación pública, para que de alguna forma te ratifiquen que se han creído la persona que has querido mostrarles. Igualito que en la vida real.

Llegaste al punto en que empezabas a sentirte una inventada. Un fraude. Casi dejaste de publicar *updates* y temiste que fuera a más todo aquello. Encontrártelo al abrir la puerta del portal y reconocerlo sin siquiera haberle visto la cara antes. Sentirlo entre tus piernas con sus manos exprimiéndote el cuello sin apenas entender cómo habías llegado a eso.

Un día decidiste que ya no podías más y determinaste que lo mejor era hacerlo todo público. Lo decidiste al ver su último comentario:

**“No nos cuentes historias sobre lo que es el miedo. Miedo es pensar que tendremos que soportarte durante más tiempo. Y no dejaré que eso pase”
#killyourself**

Publicar lo que te estaba sucediendo era la clave para que te entendieran. Vivías con tanto terror, amiga, que no quedaba ni rastro de

quien habías sido. De quien habías creído ser. Te daba por mirar las fotos publicadas hacía más de un año en tus perfiles y no te reconocías en aquella extraña. Tu identidad había desaparecido.

Ya sabías que la identidad era el resultado de una batalla entre lo que creemos ser y lo que otros creen que somos. Lo que aún no sabías responder era qué pasaba cuando ese “otro” que nos intenta hundir está dentro de nuestra cabeza. Qué pasa cuando la persona que intenta tirar abajo la mejor versión de ti misma es esa voz interior que te atrapa en un pesimismo suicida. Qué pasa cuando eres tú quien determina lo guapa que estás y dos minutos más tarde te dices que deberías ponerte a dieta.

Ese era el troll que habías creado para sabotearte a ti misma. El troll que todos llevamos en nuestras cabezas.

Le diste vida y *hashtags* en todas tus redes sociales. Fue así como creaste esta historia, la publicaste y acabaste con tu propio personaje dejándosela leer a todos tus seguidores. Así fue como perdiste la batalla. Así moriste al convertirte en lo que tu propia inseguridad oculta, manifestada en *hashtags*, creía que eras.

EL DESAMOR LLEGA A LAS CUATRO

Primera parte ELLA

Ha llegado el momento en que nuestras pieles se llaman esta noche. El sexo entre nosotros se ha convertido en algo sucio. Como cuando estás abajo y tus amigos y tu familia te dicen que subas porque la vida es bonita y merece la pena vivirla, pero no te tiran una cuerda que realmente te valga para sacarte.

De alguna forma siempre acabas encontrando una manera de subir. Así que empiezas a escalar. Subes angustiado, como cuando alguien llama a la puerta de tu casa a las cuatro de la mañana. Alguien tocó a la puerta en ese momento. Eran las cuatro de la mañana.

Dios mío, este manual de psicología va a volverme loca en vez de ayudar a entenderme a mí misma. Debería de ser más práctica y hacer como él, que solo consulta diccionarios como está haciendo justo ahora.

Míralo. He ahí el hombre con quien he pretendido ser uno, el alma a la que en algún momento, sin saber realmente porqué, le di la mano. Ahora es como si solo fuese un pariente de ese hombre que conocí un día. A veces incluso parece que no tuviese nada que ver con él.

Me cuesta aceptar que por momentos se me antoja parte de la decoración de la casa, un objeto más que se mueve, aparece, desaparece,

aparece y me besa de forma automática cuando el momento lo requiere o lo precipita.

Quizá debería ponerme algo encima, hace frío. O quizá pienso que hace frío porque en el fondo me da vergüenza que él me vea desnuda. Después de tantos años, sé que para él mi cuerpo ya no es más que el mapa de una piel que ha recorrido cientos de veces y se sabe de memoria.

Con el tiempo hemos llegado al punto en que conocemos tanto nuestros cuerpos que no somos capaces de recordar porqué nos atrajo en un principio. Ya hemos aniquilado la impaciencia por degustar el sabor y los olores del cuerpo del otro. Y todo es fruto de la melancolía de quien se ha adentrado en un ser ajeno buscando una medicina a la soledad. Una píldora con sabor metálico en forma de *"te quiero, cariño"*.

—Cariño, ¿te preparo algo de comer?.

—No tengo hambre, gracias.

—Cada vez comes menos.

—Es cierto, los porros deberían hacerme justo lo contrario.

—De tantos que te has fumado no te hacen ni la mitad de lo que le harían a cualquiera.

—Yo no soy cualquier persona, ya lo sabes.

—Tampoco eres quien eras, ya lo sabes.

—Vete a la mierda.

—Anda y que te... Oh no, ven aquí cariño, llora aquí conmigo.

Él no entiende que no lloro por sus palabras, sino por el presentimiento de que alguien llamará esta noche a la puerta cuando sean las cuatro. Y tengo miedo. Hay pocas cosas tan inquietantes como que un desconocido llame educadamente al timbre de tu puerta a las cuatro de la mañana. Es justo el momento en que ya no es de noche ni es aún de día.

—Al final has acabado llorando tú también cariño.

—En esto estamos juntos, como siempre lo hemos estado.

—Ya, como siempre.

Lejos el mar muerde las rocas en un intento estéril de penetrar a su otra mitad, la tierra. Nuestra penetración el uno en el otro ha sido plena. Tan profunda que ha acabado siendo insana. Ya no existe rastro de mis

amigos, ni de mis proyectos, ni de mis historias. Todo se transformó en nuestros amigos, nuestros proyectos y nuestras historias.

Esta relación ha sido una auténtica privación sensorial hacia todo lo que no tenía que ver con nosotros como un uno. Este limitado universo es lo que ha propiciado situaciones tan viciadas como las de esta noche: insomnio, libros, whisky y porros que nos ayudan a llenar el tiempo que nosotros solos ya nos sabemos llenar.

—¿Estás mejor?

—Un poco —sonrisa—.

—¿Quieres un café?

—No, me fumaré otro canuto, ¿quieres?

—Sí.

—Ponme otro whisky.

—¿Lo haces tú o lo hago yo?

—Como quieras, voy al baño.

Parecemos estar presos de una alucinación de nosotros mismos. Ha llegado el momento en que nuestras pieles se llaman esta noche. Hasta el sexo entre nosotros se ha convertido en algo sucio.

Buscando cualquier excusa para acercarnos, nos amamos una vez más. Una más de tantas otras. Tan de la misma forma que nos cuesta acabar. Es entonces cuando el reloj da las cuatro de la mañana y alguien toca educadamente el timbre de la puerta.

Segunda Parte

ÉL

SECRETO: (Del Lat. Secrétum) 1.m. cosa que cuidadosamente se tiene reservada y oculta. (...) 4. m. Misterio (II cosa que no se puede comprender) 5. m. misterio (II negocio muy reservado).

Curiosa la definición del diccionario. No sé de qué me vendrá esta estúpida manía de buscar en el diccionario palabras cuyo significado ya conozco. Debe ser un secreto que oculto o me reservo a mí mismo si me

pongo frívolo. Ella en cambio lee manuales de psicología. Siempre me ha parecido más lista que yo y la verdad es que he aprendido tantas cosas con sus mil caras...

Nos fumamos un cigarro mientras yo me lío un canuto para compartir lo que en otro tiempo eran caricias, diluyendo en nubes de humo las miradas que se quedan en el espacio que separan nuestros ojos. Para no mentir diré que no es culpa suya y que tampoco es culpa mía. O eso creo. No sé qué pensará ella. A menudo las verdades se quedan entre las palabras que no se dicen. Y con ello se crea una falsa verdad compartida por ambos y enmascarada por la belleza de los "te quiero".

Estamos desnudos y no nos fijamos ya en nuestros cuerpos sino en la pesadez de seguir adelante con algo en lo que ya no creemos. Se nota hasta en cómo me pasa el canuto como una buena amiga. Antes me lo pasaba y me rozaba las yemas de los dedos con una media sonrisa cuyo significado nunca lograba descifrar.

—Cariño, ¿te preparo algo de comer?

—No tengo hambre, gracias.

—Cada vez comes menos.

—Es cierto, los porros deberían hacerme justo lo contrario.

—De tantos que te has fumado no te hacen ni la mitad de lo que le harían a cualquiera.

—Yo no soy cualquier persona, ya lo sabes.

—Tampoco eres quien eras, ya lo sabes.

—Vete a la mierda.

—Anda y que te... Oh no, ven aquí cariño, llora aquí conmigo.

Ella me oculta que ya no se siente mía pero, cuando le da una calada al canuto, hay una fracción de segundo en que sus ojos se cierran como se cerró su corazón en un momento que no percibí a tiempo. No pasa nada, porque al fin y al cabo yo tampoco me siento suyo. En mis ojos también hay fracciones de segundo que traicionan mis máscaras. Ése es el secreto que ambos compartimos y que paradójicamente aún hace que compartamos la cama: que sea un secreto.

—Al final has acabado llorando tú también cariño.

—En esto estamos juntos, como siempre lo hemos estado.
—Ya, como siempre.

Esta noche se está haciendo especialmente larga. Si no fuera porque pronto llegará alguien y tocará a la puerta sería una noche eterna que no eclipsaría el día. Noche y día como un espacio-tiempo ensamblado porque no se mueve.

En un par de horas solo se moverá la luz que entrará por las ventanas e iluminará las sábanas por la mañana. Esa misma que igualmente se irá y nos dejará ahogarnos por la noche en el claroscuro de la luz de luna.

—¿Estás mejor?
—Un poco -sonrisa-.
—¿Quieres un café?
—No, me fumaré otro canuto, ¿quieres?
—Sí.
—Ponme otro whisky.
—¿Lo haces tú o lo hago yo?
—Como quieras, voy al baño.

Me gustaría volver a quererla como la quise cuando tuve tan claro que era Ella. Porque ahora ya es otra. Ni siquiera podría serlo aunque quisiera, porque ella se convirtió en nosotros y eso le quitó frescura a sus labios.

El sexo entre ambos se ha convertido en algo sucio. Como cuando estás abajo y tus amigos y tu familia te dicen que subas porque la vida es bonita y merece la pena vivirla, pero no te tiran una cuerda que realmente te valga para sacarte.

De alguna forma siempre acabas encontrando una manera de subir. Así que empiezas a escalar. Subes angustiado, como cuando alguien llama educadamente a la puerta de tu casa a las cuatro de la mañana. Eso era justamente lo que acababa de suceder. Eran las cuatro de la mañana y el sonido del timbre nos congeló los corazones. Nos miramos en silencio.

Ambos supimos lo que significaba la llegada de aquel desconocido que, desde que giramos con angustia el pomo de la puerta para abrirla, empezó a resultarnos terriblemente familiar. Cerramos pero no entró nadie porque el visitante había estado dentro de casa desde hacía mucho tiempo.

Lo invitamos a sentarse en el salón a pesar de todo lo que nos dolía su presencia. Y tras haberle dedicado civilizadamente unos minutos de reflexión, ella y yo cedimos.

Nos abrazamos por última vez y uno de nosotros dijo en alto que por la mañana haría las maletas mientras el otro asentía llorando.

ANATOMÍA DE LOS RELOJES

Ha llegado hace poco. Está sentada en el sofá con los ojos lejos, con postura de silla, recostada y silenciosa. Es la tercera vez que mueve los labios secos, unidos por una línea pastosa y blanca que comienza en las comisuras. Hay poca luz aquí. Los estores están corridos, apenas una penumbra permanece gracias a la única vela del cuadriculado salón de estar: hay dos sillones, una mesa con seis sillas, la tele en una mesilla de cristal cubierta del polvo.

La bombilla a medio morir pende del techo aterrada. Ella coge un cigarro temblorosa con esas manos hechas de mil pliegues muertos, lo acerca parsimoniosa a la comisura izquierda de su boca y con dificultad acerca la punta a la llama de la vela que hay encima de la mesa. Aspira. Tose varias veces al sentir la primera calada. Se recuesta de nuevo. Recordó lo que le había dicho una finlandesa pelirroja durante una sesión de güija medio mística medio patética:

"Cada vez que enciendes un cigarro con la llama de una vela, se muere un marinero ahogado en alta mar".

Macabro. Terrible. Pero ella no tenía fuego y para el estado en que estaba le pareció excusa suficiente.

Yo estoy pegado a la pared que está a su derecha. Ella tiene la cabeza inmóvil y mira hacia la puerta del balcón. A veces me mira de reojo como esperando algo.

—Son las tres de la mañana querida —le digo—.

Ella se gira sin hacerme caso. Ni me sorprende ni me ofende su actitud. Lleva así todos estos años.

Me molesta este silencio. Aquí soy yo el único que dice algo de vez en cuando. No mucho, cuando ella me lo permite solamente. Sabe que al menos tiene que escuchar lo poco que le digo porque si no se volvería loca. Hay mucho humo de tabaco que colapsa la estancia. Son varias las cortinas azules de humo azul que se desdibujan en el aire espeso y caliente. Éstas a su vez se mezclan con sábanas blancas de incienso de violetas que cargan el ambiente hasta un nivel insoportable.

Ella piensa. O al menos está, como quien dice. Ya no me mira tanto como antes porque ya no le importo demasiado. Mejor así. Mejor que no sepa que yo soy el culpable de lo que le ha pasado. Aunque igualmente no podría matarme, creo.

Puedo sentir cómo se propaga el rojo por sus ojos, cómo se hinchan sus capilares para soltar una lágrima... Vaya, se le ha caído la ceniza del cigarro en los muslos al mismo tiempo.

Miro sus manos. Parecería que no son de su alma, estropeadas como una hermosa fresa que se despide de su frescura olvidada en el estante bajo del frigorífico. Si las miro de reajo las veo casi pochadas, agujeros blandos y húmedos. Podridos. Es piel derretida en un calor histórico, en una vida fulminante que se le ha pasado casi sin darse cuenta. Tiemblan.

La llama de la vela también tiembla y hace que el salón se mueva. Proyecta una máscara intermitente en su cara seca, una máscara fría de herméticos claroscuros. No es una máscara cualquiera porque a ella le gusta: le tapa la vida. Ella ahora tiene una careta de la que no es capaz de librarse. Y piensa en ello mientras suelta otra bocanada de humo medio espirado medio tosido.

Vaya, una ráfaga de aire. Es algo inaudito e irrepetible aquí dentro. Ella no se ha dado cuenta porque su mente está reestructurando los recuerdos, cogiendo retazos de falso olvido para encadenarlos o coserlos. Como aquellos juegos de palabras cuando era pequeña. Como un proyector de cine que vomita atolondrado cientos de fotogramas. Procesa sus recuerdos para rescatarlos de su memoria y proyectarlos en la consciencia. Y así morir.

Esta vez sí que tose de forma profunda y atragantada. Tose tan fuerte que casi se le salen por la garganta los pocos sentimientos que aún le quedan. Tira otra calada y se le apagan un poco más los ojos. Yo continúo mirándola desde la pared con ánimo constante y esperanza difuminada. Ella todavía no me cree.

La densidad del humo es asfixiante y turbadora ya. Tira otra calada y se le apagan los ojos otro poquito. Todas las paredes del salón rezuman ya una finísima e imperceptible capa de humedad condensada en minúsculos granos de agua. A ella no le importa a pesar de que su piel está sufriendo el mismo efecto. Vaya, me ha mirado de nuevo.

—Son las cuatro menos veinte querida, me has preguntado hace tan solo cuarenta minutos.

Está irritada. Pareciera que ya se ha dado cuenta de que yo soy el culpable. O quizás no. Vuelve la cabeza otra vez. En realidad está fuertemente dolida y frustrada. Dolida porque tiene un gravísimo problema. Frustrada porque no sabe cuál es. Y mientras averigua cómo solucionarlo, lo único que se le ocurre es sentirse triste. Ella ya no puede vivir así y quiere arreglar eso esta noche.

La luna lo ignora todo, simplemente espera darle al alba un beso de despedida y que la vida siga, que el mundo continúe que aquí no ha pasado nada. No es suficiente. Esta noche es la oportuna, esta noche ella descubrirá todo. Es cuestión de tiempo, como quien dice.

—Son las cuatro, querida.

Ahora no me ha mirado cuando le he dicho la hora. Sigue con la mirada clavada en el pasado, los ojos pétreos, los labios secos, respiración débil.

Por su mente pasan niños, juguetes, profesores, sonrisas y lágrimas. También familiares, calles, nombres, animales, palabras, recreos, amigos. Y también el primer beso, la primera depresión, algún que otro cumpleaños, su primera menstruación, frases, los desengaños, fechas, las

verdades y las mentiras... Yo puedo adivinar todo lo que pasa por su mente porque su pasado, de alguna manera, también me pertenece.

Hace mucho calor, me quemo. Se enciende otro cigarrillo. Está completamente estática y los párpados le pesan, no de sueño sino de tiempo. Un tiempo que ahora cabalga entre sus sienes descontrolado, inconexo. Los momentos de vergüenza que va recordando se traducen en un escalofrío.

Creo que se acaba de dar cuenta. Me mira de nuevo.

—Son las cuatro y media querida. Así es, he sido yo.

Una mueca imposible hace estragos en su cara. Ella me sigue mirando pero todavía no me ve. Continúa mirando en la persistencia de la memoria y en lo efímero de las sensaciones registradas en su subconsciente.

Pasan relaciones, abrazos, lugares, situaciones, sueños, nombres, más lugares, bodas, amistades, desilusiones, más nombres, mentiras, viajes, sexo, vergüenzas, silencios, esperanzas, besos, divorcios, caminos, equívocos y aciertos, cansancio, sin sentidos, tiempo. Mucha soledad.

Yo casi estoy temblando. Me siento descubierto pero trato de no mostrarlo.

—Son las cinco menos cuarto, querida.

Baja la cabeza y se mira las manos. Lentamente las abre y las cierra mientras, tácitamente, se le derraman las lágrimas de sus trémulos párpados.

Su cuerpo. Parecería que no es de su alma, estropeado como un árbol en invierno. Si lo miro de reajo lo veo ajado, carne blanda y seca que empieza a pudrirse lejos del agua. Es piel derretida en un calor histórico, en una vida fulminante que se le ha pasado casi sin darse cuenta y que ha invertido en nada.

Para entonces ya es plenamente consciente de que yo soy el culpable del estado en que se encuentra. Ya no lo soporta más y ahora sí parece determinada a hacerlo.

Se asoma al balcón pero retrocede. Vuelve al interior del piso como si se hubiese olvidado de algo. Un martillo colocado en la mesa le sirve para hacerme pedazos mientras llora y me grita.

Cuando acaba de destrozarme, aprieta los puños todavía sumida en llanto y regresa corriendo al balcón para lanzarse al vacío maldiciendo no sé qué cosa.

Justo entonces, todavía medio vivo, doy las cinco.

PEQUEÑO GUERRERO

De pronto abrió los ojos. Un olor a incienso y a nuevo impregnaba aquel lugar donde fuera que se encontrase. Se percató inmediatamente de que una especie de tela le cubría la totalidad del cuerpo, ¿una sábana quizá? Estaba tendida y completamente mustia, agotada como si le hubiesen dado una paliza.

Apenas tenía fuerza como para abrir bien los ojos. No parecía tener control sobre su cuerpo. Por más que intentaba mover tan solo un dedo, no conseguía producir más que una tímida vibración de su pecho y comenzaba a sospechar que su débil corazón tenía que ver con ello. La respiración era apenas un soplido cansado. Sus venas estaban como solidificadas. Los ojos como carne muerta y fácilmente penetrable.

Por no tener ni siquiera tenía un pensamiento concreto, solamente efímeras divagaciones, confusas. Algunos recuerdos la abordaban con imágenes deformes. Y así de repente se produjo un estallido en su pecho: sintió cómo su empecinado corazón pujaba por salir de sus más recónditas entrañas. Era como si el corazón hubiese estado parado y se hubiera activado de nuevo.

Le sorprendió que ese pequeño guerrero en su pecho tuviese más ganas de luchar que ella misma. Bombeaba sangre con una fuerza tan feroz que parecía que iba a matarla en su afán de salir del pecho para observar la misma oscuridad densa que ahora podía ver ella. Su belicosa actitud, paradójicamente, estaba convirtiendo sus venas secas en flexibles conductos de nuevo. Ese proceso iba devolviendo paulatinamente la vitalidad a cada una de las terminaciones nerviosas en el resto de su cuerpo.

La oscuridad. Tan peligrosa y tan segura. Pero ésta que ahora respiraba no era una oscuridad que hubiera visto antes. Ésta era una

oscuridad abrumadora que amenazaba con invadirla a ella también, con penetrarla y disolverla de sus propios colores y de su propia materia.

Afortunadamente su pequeño guerrero le estaba ganando la batalla y latía con fuerza, podía oírlo rompiendo el silencio de aquella estancia negra.

La última oscuridad que recordaba era la de la discoteca de la semana pasada. Los cañones de luz multicolor y las pantallas hacían aquel antro lo suficientemente iluminado para espantar el miedo, lo suficientemente oscuro para atraer el placer de las sombras. Al fin y al cabo aquel no era más que un campo de caza donde siniestros hombres acechaban la piel de la ingenuidad. Donde el olvido se vendía en forma de copas y de bolsitas de medio gramo.

Siempre había sabido protegerse en esa selva pero aquella noche fue la primera vez que cayó presa. Y todo porque había bebido demasiado olvido de aquellas copas, de aquellas bolsitas y de aquellos extraños.

Aún ahora no entendía por qué su voluntad había estado tan sedienta de olvido aquella noche. En el fondo sí lo entendía pero no lo sabía. No importa lo que te digan, no es fácil tener veinte años y no tener un mapa que te lleve a la jubilación de forma más o menos acertada. Sus padres sí lo habían tenido porque tampoco habían vislumbrado alternativa. Era un mapa primitivo.

Conocer a alguien que les hiciese sentir algo sin entorpecerles demasiado sus propias vidas. Trabajar como animales para no tener que encontrar sentido a sus vidas, el cual ya lo traerían los hijos y la hipoteca. Enfermarse de dinero vendiendo tiempo a la empresa y curarse de ello con unas vacaciones anuales a la costa. Refugiarse de la tristeza en el consuelo de que eso mismo era lo que hacía todo el mundo.

En definitiva, permitir que la vida les pasase por encima hasta la jubilación, donde ya no tendrían que preocuparse sino de sus respectivas enfermedades crónicas. A ella ese mapa no le valía. Le parecía una guía al suicidio aún más tortuosa que permanecer en el limbo de la incertidumbre vital que son los veinte.

Ella tenía dudas que no podían resolverse teniendo una carrera ni un trabajo fijo. Ella tenía unas ganas de amar que no cabían en el corsé de una pareja estable. Sus ganas de explorar la vida no podía saciarlas con un mes de vacaciones al año. Y todas esas expectativas que albergaba acerca del futuro habían quedado en coma al observar cómo vivían los otros, al desesperarse con las realidades que le ofrecían la tele y las redes sociales.

Así que no le quedaba más remedio que saciar su sed de vida los fines de semana. Y la saciaba ahogándose en alcohol, música, sexo y coca de malas esquinas.

Aquella noche, recordó, empezó como las otras: bebiendo para alcanzar la euforia. Luego había pasado al humo de los porros para aturdir un poco la mente y que no le fuese tan rápido. Por último se pasó al polvo, ya bien entrada la madrugada, y fue eso lo que la devolvió de nuevo a la pista de baile.

Rodeada de todos esos cuerpos ajados, dejó que su alma intentara abandonar su pecho a través del baile. Así alcanzó el clímax del placer sintético. Se desvanecía poco a poco y regresaba de repente con fuerza a la música. Cuando estás drogado junto con otros drogados en una pista de baile, puedes unificarte con ellos como si todos fueseis un solo ente. Para lograrlo tan solo tienes que abandonar tus pensamientos y dejarte poseer por el vacío que todos comparten. Ese vacío del que todos intentan huir bailando.

Se dejaba arrastrar a la deriva en la oscuridad por aquellos cuerpos comatosos y por la penumbra de siluetas cuyas caras no veía. Todos entregados a una melodía sorda e incomprensible, a la inercia del movimiento.

Aquella noche, el campo de caza se había acotado entorno a la pista de baile donde se encontraba. Le tocaba ser la víctima esa noche y ella lo sabía. Porque esas cosas se saben como quien siente la inminencia de la muerte sin querer reconocerlo, en un vago intento de que no suceda. Justo acababa de sentir el bombazo de tequila en su cabeza cuando advirtió la mirada de su predador, así que se encontraba en su momento más

vulnerable.

A pesar de los efectos de ese inoportuno chupito, podía percatarse de cómo aquella bestia la circundaba, a veces más lejos y a veces más cerca. Presentía que pronto lanzaría su ataque y era plenamente consciente de que ya nada dependía de ella. Y entonces la música subía y culminaba con una explosión de euforia en los demás cuerpos que bailaban y celebraban, con él tomándola de la cintura, sonriendo, besándola.

Pasó poco tiempo desde el primer beso hasta las manos en sus glúteos y dentro de sus bragas. Ella no quería pero tampoco podía evitarlo. Cómo no querer cuando no se puede, cuando el tequila no te deja articular ni manos ni palabras. Fue así como, sin querer, acabó impregnándose de todo el cuerpo de su cazador indeseado. De todo su sudor. De todas sus ganas inapropiadas. La víctima estaba cazada.

Regresó al presente sintiéndose ya algo más viva. Ahora incluso podía mover un poco sus miembros. Ya no tenía que soportar el tremendo peso de los párpados y podía asegurar casi con certeza que sus venas eran nuevamente esa pasta gris y dúctil, esa red de infinitos conductos que limitaban el capricho de la sangre de manera tan perfecta.

Su respiración calaba un poco más hondo en su pecho pero todavía era aletargada. Y el pequeño guerrero ya palpitaba como antaño: firme, fuerte y seguro. Como una bomba eterna que, una y otra vez, renace tras cada vigorosa explosión.

De regreso a aquella noche infame, en algún momento se las ingenió para apartar al asqueroso predador de su cuerpo. No atinó a recordar cómo fue capaz de salir por la puerta y emprender la vuelta a casa tras vestirse. Para su disgusto, aquella puerta por la que había salido tras todo ese sexo forzado no era la de la discoteca, sino la de un baño de chicos inundado de orines.

Hecha un guiñapo, con los ojos secos y el maquillaje como retazos de su propia piel, se encontró de nuevo con la oscuridad y con los focos. Con la música. Cruzó de nuevo el maremágnum de cuerpos que seguían

agitándose en la pista. Aquellos que tarde o temprano acabarían como ella, en un deslavazado baño de chicos.

Quizá si bailaba un poco más se irían el escozor de sus partes y ese sentimiento de infectada, de suciedad insoportable. Pero el alma colectiva de aquella masa humana ya no tenía sentido en ella. Y tampoco la dejaría entrar porque sus pensamientos eran demasiado intensos. Moverse y hacer escorzos al son de la música había perdido todo su significado cuando una se sentía encadenada a la culpa por lo que acababa de sucederle.

Al salir de aquel antro la fulminó el sol de la mañana. Se introdujo de nuevo en el mundo a través de la senda de asfalto. Apuró el paso y cerró su chaqueta hasta la asfixia. Aunque trataba de caminar, solo daba pasos torpes que sostenían a duras penas su equilibrio.

Los edificios zigzagueaban y esporádicamente se doblaban hasta tocar el suelo con sus azoteas. Los árboles parecían consumirse en un fuego azul si los miraba de reojo, el cual desaparecía al encararlos de frente.

La línea en medio de la carretera se movía caprichosa y se negaba a darle la estabilidad para continuar caminando. Se sentía pesada y recordaba tener unas ganas irresistibles de abandonarse al sueño. Dormir. Dejarse caer y olvidarse del mundo. Entregarse a la oscuridad que la arroparía al cerrar los ojos. No tardó mucho tiempo en hacerlo.

Después de unos diez minutos deambulando como un zombi, se desplomó en medio de la carretera. Aún tuvo un atisbo de conciencia como para encoger su tronco y recoger sus piernas adoptando la posición fetal. A partir de entonces se fue de su cuerpo.

No recordaba dónde había estado entre el momento en que perdió la conciencia y el momento en que, flotando en el techo, observaba su cuerpo inconsciente en la cama del hospital. Estaba conectada a múltiples aparatos sincronizados con el latir de su pequeño guerrero, que aún latía para mantenerla atada al mundo.

El latido no tardó mucho tiempo en apagarse. Una fuerza desconocida empezó a absorberla como un desagüe a una hormiga, pero era difícil describirla porque ella misma no estaba hecha ya de materia.

Algo en su conciencia la impulsaba a resistirse y no dejar que aquella fuerza centrífuga la engullera. Intentaba regresar a su cuerpo pero lo cierto es que ni siquiera sabía cómo moverse en aquella nueva naturaleza de la que ahora formaba parte. Luchó por mantenerse durante mucho tiempo hasta que quedó exhausta. Después de entonces ya no tenía más recuerdos: había despertado directamente en aquella oscuridad asfixiante.

Ya podía respirar con normalidad. Su cuerpo parecía estar vivo de nuevo. Por fin sentía haber recuperado el control total sobre el mismo. Se incorporó un poco, casi nada porque la oscuridad aún no le dejaba despejarse de pensamientos atragantados. Elevó los brazos para comenzar a retirar aquella tela tan molesta.

Había una superficie sólida pero se le antojaba fácilmente destructible. En aquel momento lo único que deseaba era llegar a casa. El pequeño guerrero se estaba impacientando y bombeaba sangre con más fuerza. Después de lo que había sucedido aquella noche, ella había comprendido algunas de las cosas por las que verdaderamente valía la pena vivir la vida.

Tenía ganas de llegar a casa y abrazar y tocar y besar a sus padres. Tenía ganas de llamar a sus amigos e irse a cualquier sitio a hablar de lo que les preocupaba, de lo que sentían. Quería quedar con sus amigos para conocerlos de nuevo. Tenía ganas de hacer cosas que antes ni se le pasaron por la mente: escribir lo que le susurraba su pecho, pasear a solas por la playa, nacer de nuevo... Decidido: dejaría de salir los *findes* y maltratarse de aquella manera. No había nada como estar tan cerca de la muerte para apreciar la vida, era afortunada de tener una segunda oportunidad y esta vez no la desaprovecharía.

A pesar de que empujaba con fuerza, la superficie no se abría de ningún modo. Notaba que le empezaba a faltar el aire. Hizo un escorzo imposible para encoger las piernas y llevarse las rodillas al pecho, de

manera que pudiese ejercer presión sobre la superficie. Todo en vano. Solo entonces se detuvo a pensar qué podía ser ese lugar donde se encontraba.

Apenas quedaba un suspiro de aire en aquella estancia que parecía estar cerrada a cal y canto. Se asfixiaba. Y entonces se le ocurrió la peor de las posibilidades. Y para su desgracia, acertó: aquello era un robusto ataúd cerrado herméticamente.

El horror insoportable le impidió soltar ni una lágrima. Con el dióxido de carbono contaminando ya todo el espacio, apenas sobraba una bocanada de oxígeno que utilizó para expulsar el más espantoso y macabro grito que su pequeño guerrero había vomitado nunca.

LOS QUE NO AMAN

Yo al principio pensaba que el mundo se dividía en dos tipos de vidas. La de los que están dentro del sistema y la de los que caminan en paralelo al mismo sin posibilidad de integrarse. En indigentes y personas ‘normales’, vamos. Porque cuando pasas al otro lado, cuando te sales del sistema, la vida que existe no es vida. Es otra cosa que tiene otro nombre que yo no conozco.

Siempre me sentí afortunado de estar en el lado de los ‘sistemizados’, con un trabajo o un subsidio. Ocupado en ser capaz de comprar cada vez más cosas, dejando que la vida se me escapase entre las horas que vendía a la empresa para la que trabajaba. Es curioso que ahora, con 48 años, sin trabajo y sin subsidios, ya no pienso lo mismo. Incluso con todas esas cartas de recibos impagados que me miran desde la mesa del salón riéndose de mis tribulaciones. Que personalidad tan desconcertante tienen las cartas, nunca sabes por donde te van a salir.

Doy un sorbo al último café que me queda y me meto en internet a ver qué tal van las realidades de otras personas. Quizá haya gente más amargada que yo y eso me ayude a llevar mi ansiedad. El internet lo tomo de Marita mi vecina, ella casi no lo usa. El móvil lo tengo que cargar en la biblioteca porque hace una semana que cortaron la luz de casa.

“Un hombre ha caído en un jardín privado desde un avión de Kenya Airways en pleno vuelo. El aparato venía de Nairobi y sospechan que el hombre iba escondido en el tren de aterrizaje”.

Dejo de leer para imaginar el horror por el que pasó ese hombre. La tristeza por ese macabro final eclipsa la ansiedad que siento por mis propias cosas. Objetivo conseguido. Suena el timbre.

Es Marita. Lo sé porque ella siempre da tres toquitos seguidos.

Abro la puerta y ahí está plantada con su hija Aurorita, que no solamente es igual que ella sino que parece una extensión de su propio cuerpo. Los mismos rasgos, los mismos gestos, las mismas salidas de tono. Marita es apenas dos años mayor que yo y su hija tiene veinticinco. Como quiero a Marita también quiero a su hija sin conocerla apenas. Me pregunto si eso le pasa más gente.

—Marita no me queda café para invitarte, disculpa.

—No importa cariño, voy un momento a casa y traigo un poco.

—No te molestes que tampoco hay luz para encender la vitro. La cortaron la semana pasada.

—Ojalá pudiera ayudarte Manuel, pero nosotras también estamos a dos velas. Ya sabes por lo que estamos pasando.

Y tanto si lo sabía. Cada vez que me flagelaba pensando en cómo había caído en este agujero y en cómo saldría, me acordaba de la situación rocambolesca de Marita.

Su novio Alberto le había sacado 60.000 euros con argucias varias. Pero lo más absurdo era la forma en la que pretendía recuperarlos. El novio de Aurora le había prometido que encontraría a Alberto, lo mataría y vendería sus órganos en el mercado negro para recuperar ese dinero. A cambio, por supuesto, de 4.000 euros.

No me lo tomé muy en serio cuando me lo contó y me reí de lo lindo viendo la cara de convencimiento de Marita. Hasta que unos días más tarde me dijo que le había dado los 4.000 euros al novio de Aurorita y me quedé helado. Desde entonces había evitado a Marita porque tenía esa sensación de estar al lado de una bomba que iba a estallar en cualquier momento.

—Manuel, venía a decirte que el novio de Aurorita se ha largado con el dinero, nos ha estafado. No sabemos qué hacer, estamos destrozadas —dijo llorando mientras Aurorita la abrazaba—. La gente de hoy ya no ama a nadie, nadie ama a nadie y por eso está el mundo hecho una mierda, Manuel.

—Bueno Marita, perdona que te diga pero mucho no debías amar a Alberto si pagaste para que lo mataran.

—¡Es diferente! Él me traicionó primero —dijo con su voz llorosa que lejos de hacer la situación dramática convertía la escena en cómica.

—Mira consuélate pensando que no ha pasado ninguna desgracia. El dinero es dinero, ya está. Siento que lo hayas perdido pero mejor esto que tener que lamentar otras desgracias mayores. Si quieres hablamos de ello en otro momento, tengo que ir a visitar a Vincent al hospital.

—¿Como sigue?

—Igual, el juez sigue sin aprobar que lo desconecten de la máquina. Se lo ve muy cansado y apenas puedo estar con él más de media hora sin sentir su angustia abrumadora. Tan solo quiere morir cuanto antes.

—Pobre Vincent, no puedo ni imaginar el calvario por el que está pasando. Eso sí que es una desgracia. Oye, pásate por casa cuando regreses y hablamos.

—Me voy esta noche Marita, no creo que pueda pasarme luego.

—¿A dónde te vas cariño?

—No lo sé.

—Tú siempre tan misterioso Manuel —me dice entre condescendiente y burlona— Pásate media horita nada más y me lo cuentas todo. Necesito hablar con alguien o me voy a volver loca. Dale saludos a Vincent.

Todos sabemos que la vida es dura y normalmente nos paramos a recrearnos en las razones por las que lo es. Sin embargo, lo que yo me suelo preguntar es más bien las motivaciones que cada persona usa para seguir adelante. Me gusta sentarme en una cafetería y adivinar los motivos que tendrán esos completos desconocidos para seguir luchando. Para no abandonarse al placer de rendirse.

Miro a mi amigo Vincent, ahí tetraplético en aquel hospital destartalado, sin más aspiraciones que conseguir una orden del juez que autorice la desconexión de la máquina que lo mantiene vivo. Una orden que desautorice su agonía. Apenas hablamos cuando lo visito, tan solo me dejo impregnar por su desesperación y por su aburrimiento.

Solo puede ver una ventana y las mismas caras, sin distinguir las noches de los días ni los presentes de los pasados. Y solo con estar a su lado puedo sentir lo estrecho de esa jaula en la que está metido.

Vincent ya no ama nada ni se ama sí mismo. Vincent tan solo mira hacia la ventana. A veces ve la tele. Vincent espera cada día que le digan si el juez le ha permitido ser libre. O si en cambio lo ha obligado a permanecer vivo en esa tumba. En ocasiones me mira y sonrío. Cuando lo hace, no puedo evitar dudar si es de alegría o de envidia por verme sano. Yo era quien conducía aquella noche y por tanto había sido yo quien lo había metido en aquella jaula.

—Vincent amigo, no sé si podré volver a visitarte. Me voy esta noche.

Me mira con en silencio con la mandíbula torcida. Aunque no habla entiendo que espera que le diga a dónde me voy.

—No lo sé amigo, no lo sé.

Me sigue mirando con la misma mueca. No parece entender pero tampoco parece importarle. Gira la cabeza hacia la ventana. La tarde muere por el oeste y miro el reloj apurado.

No pasaré por casa Marita, sería complicarlo todo y quién sabe con qué ocurrencia podría salirme. Cuando estoy a punto de salir de la habitación de Vincent me giro.

—Lo siento Vincent —le espeto a punto del llanto. Me coloco el sombrero, apuro el paso y me concentro en impedir que mis lacrimales me ganen la batalla.

He visto a una señora mayor mendigando en la estación de guaguas. Tiene una ingente cantidad de trastos alrededor del banco donde está sentada. Sujeta un cartel que pone: *“por favor, ayúdame a poder pagar un lugar donde dormir”*. Me meto las manos en el bolsillo pero tan solo hay un mechero.

La mujer parece entretenida buscando algo entre sus bolsas. Vuelvo a preguntarme qué demonios es lo que impulsa a esa persona seguir adelante. ¿Qué tanto espera de la vida para que le compense seguir viviendo de esa forma? ¿Cuales son sus esperanzas? Pensar esto me hace

sentir sucio, así que bajo el ala del sombrero y sigo el camino a casa. Tengo que hacer la maleta.

Marita tiene la música puesta a toda ostia. También ella tiene algún tipo de esperanza en algo que la hace tener suficiente humor para escuchar con gracia todo ese pachangueo. Probablemente sea Aurorita, porque la verdad es que tampoco tiene a nadie más en el mundo. Como yo. Al menos ella tiene a Aurorita. Para vivir hay que tener una razón. O dicho de otro modo, para vivir se necesita tener una excusa.

He decido no poner muchas cosas en la maleta. Productos básicos de higiene, algo de ropa y fotos de lo que en el pasado fueron mis excusas para vivir. También llevo un par de libros para el tiempo libre. No puedo retrasarme porque ya es casi de noche y sin luz en casa no puedo ver lo que meto en la maleta. Me acuerdo del hombre que había caído a un jardín desde un avión. De Vincent. Los hay peor que yo, me digo.

Cuando cierro la puerta de casa miro la puerta de Marita dudando si visitarla. Esta vez no le he podido ganar la batalla a mis lacrimales así que me impongo como castigo bajar las escaleras con la cabeza agachada de la vergüenza, mientras me trago sin querer alguna que otra lágrima.

No pude dormir nada esa noche. Por alguna extraña razón todas las mejores respuestas y los más poderosos miedos aparecen de noche. Y como de miedos ya iba sobrado, al menos me compensó entender finalmente qué es lo que motiva a la gente a salir adelante. A continuar con la lucha diaria.

Me dio por pensar que el declive comienza cuando uno deja de amar. Cuando uno empieza a dejar de amar personas, de amar lo que hace, de amar el mero hecho de vivir, de amarse a sí mismo... Me había engañado al pensar que el mundo se divide entre los 'sistemizados' y los indigentes. El mundo se divide entre los que aman y los que han dejado de amar. Los primeros son los únicos que se pueden permitir el lujo de seguir luchando porque, lo que quiera que sea que amen, es lo que los empuja a seguir luchando.

Marita todavía amaba. Vincent no. El señor que había caído de un

avión probablemente lo hizo en un último intento de empezar a amar algo.

Me acerqué a coger uno de esos periódicos gratis que hay en las estaciones y regresé al banco donde estaba sentado. Vincent estaba en la portada.

“Un desconocido desconecta a Vincent Lambert, el hombre tetrapléjico que batallaba en los juzgados por una muerte digna”.

Sonríó. Vincent ya no amaba nada ni a nadie. Lo menos que le debía era devolverle la libertad que yo mismo le había quitado.

A mi lado en el banco está la señora indigente de ayer, con todos sus trastos. Con su cartel mojado. Aún no confía del todo en mí, así que habla lo justo. Me da un poco de café en un vaso de plástico, creo que se lo dan en el bar de la estación. Todos caminan de un lado a otro. Pienso que, si lo hacen, es porque secretamente aman algo o a alguien. Gente que ama.

—¿Has visto las noticias de la tele? —me dice sin mirarme a los ojos, como para romper el hielo.

—¿Qué tele?

—Hay una ahí en el bar de la estación, la ponen a toda mecha.

—No la he visto, no.

—Acaban de detener a una señora y a su hija cuando fueron a denunciar al novio de la hija por estafarles 4.000 euros. Que dicen que se los habían pagado para que el chaval matara al novio de la madre, pero que no cumplió el trato. La gente está loca, ya nadie ama nada ni a nadie.

Me quedo pensativo. Sonríó de nuevo, pero esta vez no sé muy bien por qué. Yo sabía que Marita todavía amaba. Todavía.

—¿Me vas a contar cómo es que has acabado aquí entonces? Anoche no soltaste prenda. ¡Y te he dado un café! —me dice gruñona.

Me hace reír. Rebusco en mi maleta la carta del desahucio y se la paso. La lee por encima.

—¿Cuánto crees que vas a durar aquí? —me espeta condescendiente

—. Ya viene el invierno.

—No lo sé. Para saber eso debo averiguar antes si aún me queda algo que amar.

Ella me mira confundida pero no sigue indagando. Me devuelve la carta con delicadeza, parece profesarle un extraño respeto. Es una mujer lista y sabe que hay que desconfiar de las cartas porque uno nunca sabe por dónde te van a salir.

SOBRE MÍ

Cuando era adolescente, no me gustaban ni el fútbol ni la mayoría de las cosas que le gustaban a los chavales de mi edad, lo que me procuraba mucho tiempo solo en mi habitación. Así que me dediqué a leer y a inventar historias que me ayudaran a imaginar cómo era el mundo más allá de mi pueblo de 1000 habitantes de La Gomera. Un día vi un anuncio de un premio literario en el tablón de mi instituto, me presenté a ver qué pasaba y... ¡Gané!

Desde entonces tuve claro que mi sueño sería escribir.

Como me convencieron de que un escritor solo podía morir de hambre, tuve varios trabajos y la vida me llevó a Tenerife, Madrid, Finlandia, Bruselas y Londres, donde he vivido los últimos años. Todos esos trabajos me quitaban el tiempo y las ganas de escribir, sin realizarme en lo más mínimo, pero pagaban las facturas y la comida permitiéndome sobrevivir. Así que cuando inesperadamente perdí mi empleo a principios de 2019 y se esfumó mi estabilidad financiera, me replanteé qué hacer con mi vida y tomé una decisión arriesgada a mis 37 años: salir de la rueda de hámster y lanzarme al vacío a por mi sueño. Y así llegué hasta ti.

He ganado varios premios literarios, pero mi verdadero objetivo es escribir para encontrar respuestas y gritarlas al mundo. Mi vocación última es desentrañar el misterio de la vida y vestirlo de literatura para compartirlo contigo mientras te relajas con una bebida en una tumbona o un sofá

Gracias por venir.

jonathanrodmore@gmail.com

www.jonathanrodmore.com

¿TE HA GUSTADO?

¡Pues me pongo en tus manos!

Estoy empezando por mi cuenta y no tengo el apoyo financiero de una gran editorial para promocionarme, pero tú puedes ayudarme sin que te cueste nada.

Si te ha gustado el libro, te pido humildemente que me ayudes con cinco minutos de tu tiempo dejándome una valoración, la cual me facilita llegar a otros lectores que podrían disfrutar mis libros y permitirme seguir escribiendo.

Puedes usar este link:

Además...

QUIERO AGRADECERTE TU TIEMPO

Pienso que nuestro tiempo es el bien más valioso que entregamos a nadie y yo aprecio muchísimo que hayas dedicado el tuyo a leer mi primer libro. Por esta razón ¡muchas gracias!

Si quieres saber más de mí y de mis próximos libros, abajo tienes mis redes sociales donde ofrezco a mis lectores:

- + Textos y poemas inéditos que publico regularmente.
- + Promociones y descuentos solo para mis seguidores y suscriptores.
- + Anuncios de eventos y lanzamientos de mis nuevos libros (el siguiente ya está casi apunto),
- + Inspiración y material sobre crecimiento personal y búsqueda de uno mismo.

Puedes seguirme en:

[instagram.com/jonrodmore](https://www.instagram.com/jonrodmore)

[facebook.com/jonrodmore](https://www.facebook.com/jonrodmore)

Y por último, un regalo...

TE REGALO UN HÍBRIDO

Mi nuevo libro está en el horno y verá la luz en breve. Quiero regalarte el relato estrella del mismo:

“Híbrido para un soltero accidental”

Este relato fue finalista del Premio de Narrativa Breve del Gobierno de Canarias. Personalmente, es el que más me gusta y enorgullece de todos los que he escrito.

La temática de mi nuevo libro es radicalmente diferente a ‘*Los que no Amaban*’. Es una colección de historias con realismo mágico y humor. Son relatos donde, tras leerlas, te quedas preguntándote: *¿Pero qué demonios acaba de ocurrir aquí?! :-)* Es un libro literariamente muy superior y es también de esos que no puedes soltar hasta que no terminas cada relato.

Puedes conseguir ese relato principal GRATIS apuntándote a mi lista de suscriptores en el link de abajo. No te preocupes: puedes suscribirte, conseguir el relato y borrar tu suscripción inmediatamente si quieres, que no me enteraré :-P

Que lo disfrutes, gracias por leerme y ¡aquí va el link!

www.jonathanrodmore.com/promohib